

Troja Literaria

RAÚL RIVADENEIRA PRADA

Ediciones

SIGNO

La Paz, Bolivia, 2002

RAÚL RIVADENEIRA PRADA

Troja Literaria

Ediciones

SIGNO

La Paz, Bolivia, 2002

Serie Pulso Bibliográfico 3

© RAÚL RIVADENEIRA PRADA

1ª Edición

La Paz, Bolivia, 2002

Depósito Legal No 4 - 1 - 152 - 02

APUNTES SOBRE LA OBRA DE RAÚL RIVADENEIRA PRADA

El abogado y periodista Raúl Rivadeneira Prada entrega al público un nuevo libro de su fecunda pluma. La compilación Troja Literaria, en la línea de su trabajo anterior, El grano en la espiga, contiene crítica de obras literarias, semblanzas de autores, descripciones de ambientes intelectuales y un breve ensayo acerca de los vínculos entre el quehacer literario y los procesos de integración en América Latina.

Rivadeneira Prada es también catedrático universitario y miembro de número (ahora vicedirector) de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. Su amor a la literatura se originó probablemente en las dilatadas lecturas infantiles, facilitadas por su padre. Fue entonces cuando leyó la obra completa de Emilio Salgari, Julio Verne y Constancio C. Vigil, cuyos libros recuerda con especial cariño. A la edad de diez y seis leyó el Quijote, que le produjo una impresión duradera, junto a novelas de Charles Dickens, Víctor Hugo y Alejandro Dumas. A los diez y ocho años ya conocía ampliamente a los realistas rusos y franceses; por Fedor N. Dostoievski ha conservado hasta hoy una clara predilección.

Cuando estudiaba Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés (1959) se incorporó al Teatro Experimental Universitario, cuya historia escribiría posteriormente. Una de sus tareas consistía en recomendar obras para llevarlas a escena. Era el tiempo del teatro de lo absurdo (Samuel Beckett y Eugenio Ionesco), pero también del teatro político y de masas (Erwin Piscator y Bertolt Brecht), dos influencias que lo marcarían profundamente. Se dedicó también a la historia del teatro en cuanto

género literario, temática casi desconocida en Bolivia.

Trabajó largos años en el periódico PRESENCIA de La Paz, del cual fue subdirector de 1987 a 1989 y director del mismo de 1998 a 1999. Durante varios períodos, fue director interino del suplemento dominical «Presencia Literaria». Desde 1983, es miembro del consejo editorial de SIGNO, Cuadernos Bolivianos de Cultura, importante revista fundada por Juan Quirós en 1956 y que sigue publicándose hoy en día. Durante seis años, fue director de «Arte y Cultura» (La Paz), separata de PRIMERA PLANA, consagrada a la difusión de textos literarios e ideas filosóficas.

Durante su prolongada labor en PRESENCIA, fue influido por la poderosa personalidad de monseñor Juan Quirós, el fundador de la crítica literaria sistemática en Bolivia. Fue el ilustre religioso quien le animó a escribir y publicar sus primeros textos, quien le guió en la búsqueda de un determinado tipo de estilo para su prosa y quien le mostró la relevancia del estudio de la poesía para comprender la literatura de una sociedad.

En la cátedra universitaria, se dedicó a la Ciencia de la Comunicación, disciplina para la cual ha escrito libros de amplia circulación, principalmente los editados en México. Ha estudiado también los procesos comunicacionales de la política a los que ha consagrado varias publicaciones. Es de lamentar que, en años recientes, parece haber abandonado esta problemática.

Nuestro autor ha incursionado también en la creación literaria, sobre todo en el género del cuento, como lo atestiguan los volúmenes El tiempo de lo cotidiano (La Paz, Gramma, 1987) y Colección de vigiliás (La Paz, SIGNO, 1992). Algunos relatos contenidos en estos libros han sido traducidos a otros idiomas y figuran en importantes antologías del cuento boliviano contemporáneo. En su mayoría, las breves narraciones tratan temas

existenciales, pero también dejan entrever un trasfondo sociopolítico y una especie de moraleja.

Rivadeneira se ha calificado alguna vez como lector asiduo, aficionado a las bellas letras y aprendiz de crítico. Niega ser un analista literario según los parámetros académicos hoy en boga; insiste en que lo suyo es la crítica literaria tradicional y subjetiva.

En estos tiempos de una desenfrenada producción de teorías postmodernistas aplicadas a la literatura (y a todas las actividades humanas), ha conservado la sobriedad y la modestia que siempre lo han caracterizado. Y esto resulta encomiable por un importante motivo: lo que intenta, fundamentalmente, es difundir obras y autores en un medio bastante reacio a la literatura y hasta a la lectura. Es el continuador de Juan Quirós en la función clásica de esclarecer y orientar al posible lector.

Ha desarrollado una clara preferencia por obras no muy conocidas y por autores que no gozan del favor de las masas y de la moda, como Marcelo Arduz, Antonio Avila Jiménez, Hugo Boero Rojo, Guido Calabi Abaroa, Ruber Carvalho, Víctor Montoya y otros que merecerían mejor suerte en la apreciación del público. Rivadeneira evita las complicadas y abstrusas construcciones teóricas que ahora abundan entre los intelectuales bolivianos y, obviamente, entre los docentes universitarios que se dedican profesionalmente a los estudios literarios; construcciones que, en el fondo, no tienen mucho que ver con obras literarias y sí con modas provenientes de lejanas latitudes.

Los ensayos de este libro son de variado propósito. Algunos llevan el enfoque de una justa estimación, como los dedicados, por ejemplo, a Eduardo Mitre, Guido Calabi y Luis Ramiro Beltrán; a otros, se les nota un carácter celebratorio: ha querido, probablemente, rendir homenaje y dar a conocer diversas

producciones, consagrándoles algunas páginas. La elección de los autores y las obras tratadas parece aleatoria. Por otra parte, se echa de menos la ausencia de algunas obras de narradores bolivianos actualmente reputados como talentos promisorios de nuestra creación artística. Pero, aun considerando estos aspectos, ha sabido brindarnos una valiosa contribución para entender y apreciar también aquellos libros y autores poco conocidos de la literatura contemporánea.

La Paz, enero de 2002

H.C.F. Mansilla

ÍNDICE DE CONTENIDO

La clave de la existencia en un poemario de Marcelo Arduz	13
--	----

El verso cristalino de Avila Jiménez	21
---	----

Mariano Azuela, revisitado	25
----------------------------------	----

Perfil literario de Luis Ramiro Beltrán	33
--	----

Hugo Boero Rojo, un romántico seducido por su Bolivia Mágica	43
---	----

La faceta literaria de Huáscar Cajías Kauffmann	51
--	----

Dos obras teatrales de Guido Calabi Abaroa	61
---	----

<i>La mitad de la Sangre</i> , con sabor a realismo mágico	67
---	----

El vuelo literario de Carlos Castañón Barrientos	71
Chávez Taborga, analista de la obra de Durán Böger	75
<i>La Paz a pie, a caballo y en tranvía:</i> nostálgica remembranza	81
El teatro de Osvaldo Dragún, voz de la libertad de expresión	85
Antropocentrismo y poesía	89
La esencia telúrica de los dioses en una obra de Gamarra Durana	95
Caída de la virtud y redención del vicio	101
Gómez Carrillo, precursor del Periodismo Literario	105
Las <i>animalversiones</i> de Coco Manto	113
<i>El aroma del verbo,</i> de Jaime Martínez	121
Yolanda Bedregal en la pupila de Eduardo Mitre	127
<i>Carta a la inolvidable:</i> canto y mensaje poético	135

<i>Cuentos de la mina:</i> primer plano para el Tío	147
Meditación y fe en la obra de Fernando Ortiz Sanz	151
Rafael Saavedra en cuatro momentos	157
El canto refulgente de Beatriz Schulze Arana	163
<i>Visiones de vida</i> , de Armando Soriano Badani	171
<i>Encuentra tu ángel y tu demonio</i> o la exaltación de la vida sensual	177
<i>Plaza Cuicuilco y otros</i> <i>cuentos de variada intención</i>	185
Literatura e integración latinoamericana	191
Índice onomástico	207

EL AROMA DEL VERBO, DE JAIME MARTÍNEZ

«¿Quién soy yo?», inquiera León Felipe. Como no halla respuesta, reúne sus poemas «porque tal vez así, todos juntos, sepan decir mejor lo que quieren, a dónde se dirigen... y acaso al final apunten vagamente mi nombre verdadero».

¿Quién soy yo? Tal vez no lo sepamos nunca, mas esto no impide y ni siquiera mengua la búsqueda en que se empecinan el filósofo y el poeta, éste con mayor libertad que aquél para el delirio y el ensueño. Pero, la poesía no es solamente peregrinación de la palabra, como sostenía el vate astorgano; no es adversaria del razonamiento; al contrario, lo entibia entre sus manos y a veces lo convierte en ardorosa pasión,

Es más frecuente de lo que pueda suponerse una fusión estética del pensar y el sentir, en todas las formas posibles de la creación poética, principalmente en la pintura, el teatro, la música, la danza y el verso.

Jaime Martínez Salguero transita, con paso seguro, desde hace cuatro décadas, por los senderos de la poesía. Y lleva en su andar una carga de preocupaciones existenciales cuyo peso abrumador trata de aliviar en un permanente y lúdico encuentro con la palabra; a ésta la toma, la observa y la cincela. Obtiene de ese modo un haz de poemas en los que se advierte un juego de alternancias entre una porción de discurso reflexivo y otra de confesión sentimental. Un poco de análisis, con la retina clara en la realidad, y otro tanto de exclamación nostálgica, doliente o temerosa, según repase las huellas de dulces vivencias o de amargas experiencias, o se ponga de pie, desconcertado, ante el impenetrable portal de los misterios.

Desde su primer poemario, «Cuando el dolor florece» (1959) hasta *El aroma del verbo*, Jaime Martínez Salguero sigue un solo camino, sin desviaciones, sin salidas laterales, sin atajos por una ruta vitalista en cuyo trayecto los elementos naturales van configurando el nombre y la esencia de las cosas, pero primero, y básicamente, la estructura humana, con la perfectísima conducción de la mano de Dios. Pero, el hombre así amasado en materia y espíritu lleva, como signo y marca ideable de su estancia temporal en esta tierra, su incurable incapacidad para conocerse a sí mismo y para descifrar los arcanos de la vida. Hace 40 años, Martínez preguntaba:

¿Qué es la vida, amigo?

Y una voz surgida de la nada le respondía:

*La vida es una gota del infinito
escondida en el fondo del corazón
como una estrella en el cielo*

Cuarenta años después, ensaya una explicación de tono empirista acerca del «vivir». Y dice que la vida nos entrega una página en blanco; entonces, vivir es llenar esa página, andando por el camino del tiempo, sin saber hacia dónde y con el ¡Ay! en la boca, el verso más antiguo, arrancado por «todas las vicisitudes de la historia», como dijo León Felipe. Vivir es escribir en dicha «tábula rasa» junto al prójimo con la palabra de la verdad:

*Porque vivir es ambular por el tiempo
Con la antorcha del corazón
Flameando en crepitantes oraciones.*

...

*Porque vivir es avanzar hacia lo ignoto
Llevando en las manos
Sangrantes verdades rotas*

...
*Porque vivir es un hondo grito
Que resuena en el círculo del agua
En busca de nosotros mismos.*

La búsqueda de sí mismo le obsesiona al poeta, para autodefinirse, para conocerse. Ha de emprenderse todo camino desde un punto de partida. El de Martínez Salguero es un espacio de reflexión que invita a plantearse estas preguntas: ¿Dónde me apoyo? ¿En el poder? ¿En el dinero? ¿En las influencias? ¿Cuál es mi soporte espiritual? ¿Estoy abandonado a mi suerte o tengo dónde asir mi pobre existencia? El poeta está convencido de que su vida tiene un formidable apoyo, ya que la vida es:

*El misterio que se hila
En la rueda inmensa del corazón de Dios*

Imágenes constantes

Algunas imágenes labradas con el uso de términos constantes les dan a la poesía de Martínez Salguero matices propios, y por lo tanto intransferibles. No se trata de claves, ellas no son necesarias, porque no hay códigos secretos y mucho menos hermetismo, ni siquiera ambientes íntimos. Nada de esto. El poeta es llano, abierto, transparente. Nada esconde y tampoco juega con acertijos. Va de frente, de manera directa, podría decirse exageradamente lineal al encuentro con su destino indagador, que no inquisidor.

El objeto de su averiguación es el gran arcano y para develarlo es preciso hallar claves, pero éstas no sirven para trazar la ruta y comunicar las tribulaciones de la búsqueda.

Las imágenes a que me refiero son:

Viento: «viento peregrino» y «portador de verdades», con sus variaciones: aire, brisa y aroma.

Silencio «que en silencio se espacia», visión reforzada con las nociones de vacío y soledad, que bien hubiera podido suscribir Jean Paul Sartre. Se imagina el silencio como partero de las verdades y pregunta al Padre: «¿por qué debe ser así?»

Verbo, «paridor de verdades». Y de la única verdad absoluta que San Agustín atribuía a Dios, origen del verbo y el verbo mismo.

Palabra: «reflejo del pensamiento de Dios», que el pecado corrompe, mancilla. La metáfora del pecado es la «traición a la luz», de graves consecuencias:

*Cuántas veces la palabra
Es instrumento de Caín
Es la mensajera de la muerte.*

El poeta rechaza esta visión apocalíptica y la sustituye por otra, vivificante, en estos versos:

*¡Palabra!
Aire trasmutado
En ardiente pensamiento
Porque has tocado el fuego
De lo infinito,
Aquel que arde con palpitaciones
De amor.*

El «verbo matizado de amor» es la palabra verdadera, la que nos marca con su dulzura. El viento transporta las palabras, éstas provienen de voces externas, pálidas y sutiles o de voces interiores, genuinas, sinceras, sin engaño y por eso a menudo crudas

como las dolorosas vivencias.

Tiempo: transmutación de la lumbre: «La lumbre se hizo tiempo», si el calor genera movimiento, el tiempo es movimiento y cambio, el devenir de Héraclito en la imagen de la lumbre. Al tiempo está asociada la luz, o aquél a ésta, no importa, el hecho resaltante es que al perder la luz se pierde también toda esperanza y se cae en el vacío de la nada, en la soledad del vacío, en la muerte, donde el tiempo se acaba.

El aroma del verbo conserva la esencia mística de la poesía de Martínez Salguero: mística cristiana en toda su magnitud, de la apelación y convocatoria constante a la verdad. Su propia búsqueda de la verdad motivada por las interrogaciones ¿Quién soy yo?, ¿Qué es la vida?, revela una posición y una militancia religiosa invariable, plena de fe y esperanza. El poeta revela sus ansias de purificación, quiere santificarse aun antes de pronunciar el sagrado nombre del Hacedor:

*Quiero purificar mi labio
Con el tizón que se desprende
Del corazón de la hoguera
Que eres tú mismo
Antes de pronunciar tu nombre.*

Recorre a Dios como el niño que pide a su padre explicaciones para las cosas aparentemente más simples y más obvias. Ruega que le «susurre la gran verdad». Y no ha podido evitar la imagen de que el hombre es un ser doble, capaz de dialogar con «el otro», que habita en él:

*Agazapado
En el fondo de mí mismo
Está mi otro yo,
El verdadero.*

El poeta traza su periplo por ignotos mares, «en pos de la verdad» portando como único equipaje su palabra, tan peregrina como él, capeando temporales, levantando «pendones de realidad», para después replegarse en su intimidad, morada de silencios. Ha dicho con firmeza que el silencio es «la partera de la verdad». Y después, la muerte:

*Abrimos las alas y volamos
Nos elevamos muy alto
En pos del amor que nos espera.*

¿Y, después? Nuevamente el misterio. Siempre habrá un «¿Y, después?», como éste con que el alquimista de reflexiones y sentimientos acerca del misterio de la vida ha logrado obtener una consistente pieza poética.